



El Presidente de Irlanda, Eamon de Valera, noventa años, en el instante de depositar su voto en el referéndum que, simultáneamente, decidía la confesionalidad de la Constitución y la edad mínima necesaria para el voto. Pese al ejemplo y a las insistentes llamadas del Gobierno, la mitad del censo no ha acudido a las urnas.

Lo que hace pensar todo esto es que la confusión en el espinoso caso del Ulster no solamente no ha desaparecido, sino que tiende a aumentar. El conflicto tiene tres planos: un plano nacionalista histórico, que parte de la división del país por los británicos de una manera artificial y que ahora se presenta como un deseo de reunificación; otro plano de tipo religioso, que parte del éxodo de las familias católicas del Ulster hacia Irlanda y de la repoblación de la zona con protestantes, y un tercer plano, que es el de un sector artificialmente empobrecido, que lucha fieramente contra una clase dominante. Este último es el plano real actual, aunque los otros dos sean sus disfraces o sus antecedentes históricos. Es indudable que si los católicos del Ulster hubiesen sido tratados desde el principio en igualdad de condiciones y con identidad de opciones no habrían formado, como forman hoy, una clase social oprimida, y no estarían en pie de guerra y no existiría la confusión confesionalidad-nacionalidad, que distrae de las causas reales del conflicto. Los protestantes responden generalmente que el empobrecimiento de los católicos se debe a su propia confesionalidad, que les fuerza a una natalidad desmesurada y les hace conservadores y reacios a las formas de progreso. La «solución Lynch» no parece que añada nada a la realidad de la cuestión. Otro caso es el de la revisión Interior de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Presentado como ha sido en este referéndum, de una manera absolutamente impura, tampoco resuelve la cuestión. Aunque es posible que, a la larga, tenga efectos colaterales imposibles de predecir ahora.

(Véase en las páginas 14-17 de este número un trabajo de Méndez Ferrín a propósito de Irlanda y del Ulster.)

LARGO VIAJE DE ALLENDE

Salvador Allende está ahora en Cuba, devolviendo a Fidel Castro su visita a Chile. Cuatro días en la isla, en el viaje de regreso a su país después de un viaje de dos semanas y 35.000 kilómetros por numerosos países. El viaje era una demostración de confianza: podía dejar Chile en manos de los militares que ocupan algunos de los puestos clave del Gobierno. Chile, que hace cuarenta días estaba al borde de la guerra civil, fue repentinamente pacificada cuando el general Prats se hizo cargo del Ministerio del Interior, y no se ha movido durante la ausencia del Presidente.

El viaje de Allende tiene dos vertientes. Una es política; otra, económica. Da la sensación de que Allende, en el aspecto político de su viaje, quiere intentar una vez más la difícil aventura de encabezar un movimiento redentorista del «tercer mundo», que desde hace años ha desgastado a tantos grandes dirigentes. Sus palabras en algunas etapas del viaje y su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas tenían esa intención. Al denunciar el «bloqueo invisible» de su país y la colusión entre las grandes empresas de los Estados Unidos y el Departamento de Estado llevaban una intención más larga que la de la defensa de Chile, y fueron especialmente aplaudidas y comentadas por otras naciones que se consideran víctimas de esa misma gran maniobra. No está excluido, sin embargo, que Allende haya podido tener algún contacto directo o indirecto con el Gobierno de los Estados Unidos; quizá en Méjico, donde su visita coincidió, más o menos, con la de Ronald Reagan —enviado especial de Nixon—, quizá en Nueva York.

Los tiempos no son buenos para este tipo de defensa. En la etapa económica más importante de su viaje, la de Moscú, se ha encontrado Allende con la dificultad de hablar con los soviéticos del problema del cobre; o, más que de hablar —sin duda, el tema ha sido tratado en las conversaciones—, de encontrar soluciones. La URSS no desea ahora encontrar ningún motivo de fricción con los Estados Unidos. Pero la URSS está ayudando

a Chile, y parece que la ayuda se va a aumentar. Las conversaciones han sido especialmente cordiales. Estaban previstas dos reuniones —con Breznev, Kossiguin y Podgorny— y se ha celebrado una tercera no programada. Esta ha sido una sorpresa; otra ha sido la incorporación a las charlas del secretario general del Partido Comunista chileno, Luis Corvalán, que no formaba parte de la delegación oficial, pero que se encontraba en Moscú en ese momento en lo que se considera viaje privado. La actual ayuda de la URSS a Chile se estima en 293 millones de dólares en los dos años pasados, de los cuales, 50 en efectivo y los demás en línea de crédito. El comercio entre los dos países ha sido de 7,7 millones de dólares en el año pasado; en los seis años anteriores al gobierno de Unidad Popular no había pasado, en total, de unos dos millones. Hay, por otra parte, un acuerdo comercial que estipula la adquisición de 130.000 toneladas de cobre chileno por la URSS y de 87 millones de dólares en productos del cobre durante los próximos tres años. Chile ha solicitado también de la URSS ayuda técnica y material para el establecimiento de industrias, la mejora de la agricultura, las pesquerías y las minas. Es este último punto el que plantea mayores dificultades. La URSS no querría que sus técnicos ocuparan el puesto que han dejado vacante los técnicos de los Estados Unidos, por las razones antes mencionadas de la coexistencia. Toda esta ayuda es imprescindible para Chile: el cambio brusco de estructuras económicas producido por el nuevo régimen, el bloqueo de las grandes agrupaciones de capital dominadas por los Estados Unidos y la retracción del dinero chileno ha producido una situación difícil, una inflación muy considerable, un saldo muy negativo en la balanza de pagos y la necesidad de importar productos alimenticios se ha acentuado; se calcula que durante el año próximo esas importaciones supondrán unos setecientos millones de dólares. ■ JUAN ALDEBARAN.